

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE MARCOS

Tomar nuestra cruz y orar con Dios como nuestra fe (Mensaje 10)

Lectura bíblica: Mr. 8:31-38; 9:28-29; 11:20-24

- I. A fin de seguir al Señor Jesús, debemos negarnos al yo, tomar nuestra cruz y perder la vida de nuestra alma—Mr. 8:34-35:
 - A. Cuando no ponemos nuestra mente en las cosas de Dios sino en las de los hombres, nos convertimos en Satanás, un tropezco para el Señor (Mt. 16:23) en cuanto al cumplimiento del propósito de Dios (Mr. 8:33); poner la mente en las cosas de los hombres tiene que ver con los malos pensamientos mencionados en 7:21.
 - B. Debemos negarnos al yo—8:34:
 1. El yo es la corporificación de Satanás; el yo es el alma más la mente de Satanás—Gn. 3:1-6; Mr. 8:32-33:
 - a. El origen del yo ocurrió cuando Satanás inyectó sus pensamientos en la mente del hombre; cuando la mente de Satanás fue inyectada en el alma del hombre, ésta se corrompió y vino a ser el yo—Gn. 3:1-6.
 - b. El yo, que es uno con Satanás, se expresa por medio de la mente, la cual se manifiesta como pensamientos llenos de opiniones—Mr. 8:33.
 2. El yo actúa independientemente de Dios; no toma en cuenta la voluntad de Dios ni los intereses de Dios.
 3. Negarnos al yo equivale a rechazar el yo con sus deseos, preferencias y predilecciones.
 - C. Tomar nuestra cruz es hacer nuestra la cruz de Cristo—v. 34:
 1. Tomar la cruz no tiene que ver con el sufrimiento, sino con el hecho de aplicar a nuestra vida lo que Cristo hizo en la cruz para llevarnos a nuestro fin—Gá. 5:24.
 2. Con relación a la obra de la cruz hay tres aspectos: el hecho consumado de nuestra crucifixión con Cristo, percatarnos

- del hecho consumado y llevar continuamente la cruz para negarnos al yo—Ro. 6:6; Gá. 2:20.
3. Tomar nuestra cruz es permanecer bajo el efecto aniquilador de la muerte de Cristo, la cual pone fin a nuestro yo, a nuestra vida natural y a nuestro viejo hombre; al hacer esto, nos negamos a nuestro yo a fin de seguir al Señor.
 4. La aplicación de la cruz se efectúa en el Espíritu y por el Espíritu; llevar verdaderamente la cruz para negarnos al yo es algo que tiene que hacerse en el poder, la fuerza y la energía del Espíritu—Ro. 8:13.
- D. Ir en pos del Señor equivale a ganarle a Él, experimentar, disfrutarle, participar de Él y permitir que Él llegue a ser nuestra propia persona—Mr. 8:34:
1. Si deseamos ir en pos del Señor de esta manera, debemos rechazar el yo y olvidarnos de él.
 2. Debido a que Cristo es el Espíritu vivificante que mora en nuestro espíritu, nosotros le seguimos internamente, en nuestro espíritu—1 Co. 15:45; 2 Ti. 4:22; Gá. 5:16, 25.
- E. Salvar la vida del alma es complacer al yo permitiendo que el alma obtenga lo que disfruta y que no sufra; perder la vida del alma es perder el disfrute del alma y sufrir en el alma—Mr. 8:35-38:
1. La vida de nuestra alma está corporificada en el yo y se manifiesta por medio del yo, y nuestro yo se expresa por medio de nuestra mente, nuestros pensamientos, nuestros conceptos y nuestras opiniones.
 2. No amar la vida de nuestra alma significa que estamos dispuestos a renunciar a la vida de nuestra alma y que ésta no nos importa—Ap. 12:11.
 3. Debemos perder la vida de nuestra alma por causa del Señor y también por causa del evangelio; en esto consiste vivir a Cristo y vivir el evangelio—Mr. 8:35.
- F. Es al orar que verdaderamente nos negamos al yo—9:28-29:
1. Lo dicho por el Señor en el versículo 29 indica que los discípulos no oraron; ésa fue la razón por la cual no pudieron echar el demonio.
 2. Orar equivale a negarnos a nosotros mismos, pues nos damos cuenta de que no somos nada y que no podemos hacer nada—v. 29; 8:34.

3. La palabra *oración* en 9:29 en la práctica significa “ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gá. 2:20); por tanto, orar es declarar: “No yo, sino Cristo”.
 4. Una persona que ora de una manera genuina ha llegado a su fin y se ha convertido en cenizas; su vida natural ha sido completamente aniquilada por la cruz—Lv. 6:9-10.
- II. Debemos orar tomando a Dios como nuestra fe—Mr. 11:20-24:
- A. La oración es la manera en que el hombre coopera y labora junto con Dios, lo cual hace posible que Dios se exprese por medio del hombre y así cumpla Su propósito—Ro. 8:26-27.
 - B. En Marcos 11:20-24 el Señor Jesús enseñó a Sus discípulos a orar por fe para que la voluntad de Dios fuese hecha en conformidad con la economía divina:
 1. Nuestra oración debe llevar a cabo la voluntad que Dios tiene de obtener el Cuerpo de Cristo, cuya consumación será la Nueva Jerusalén—Ef. 1:9, 22-23; Ap. 21:2.
 2. Cuando aquel que ora se mezcla con Dios y se hace uno con Él, Dios viene a ser su fe; esto es lo que significa tener fe en Dios—Mr. 11:22.
 3. Únicamente las oraciones que proceden de la fe podrán conmover a Dios; sin fe, la oración es ineficaz—v. 23.
 4. La fe consiste en creer que ya hemos recibido lo que hemos pedido—v. 24:
 - a. Según las palabras del Señor, debemos creer que hemos recibido, no que lo recibiremos.
 - b. Tener esperanza significa tener la expectativa de recibir algo en el futuro; creer significa considerar que ya ha sido hecho.
 - c. La fe no consiste solamente en creer que Dios puede hacer o hará algo, sino también en creer que Dios ya lo ha hecho.
 - C. La oración descrita en Marcos 11:20-24 es una oración hecha con autoridad; esta clase de oración no está dirigida a Dios, sino a “este monte”—v. 23:
 1. Una oración hecha con autoridad no le pide a Dios que haga algo; más bien, ejercita la autoridad de Dios y aplica dicha autoridad para eliminar los problemas y las cosas que deben ser quitados—Zac. 4:7; Mt. 21:21.

2. Dios nos ha encomendado que demos los mandatos que Él ha dado y demos las órdenes que Él ha dado—17:20.
3. La iglesia puede hacer esta clase de oración de autoridad al tener absoluta fe, no dudar y entender claramente que lo que hacemos es completamente conforme a la voluntad de Dios—6:10; 18:19-20.
4. La oración hecha con autoridad tiene mucho que ver con los vencedores; cada vencedor debe aprender a hablarle a “este monte”—Mr. 11:23.

MENSAJE DIEZ

TOMAR NUESTRA CRUZ Y ORAR CON DIOS COMO NUESTRA FE

El título de este mensaje abarca dos puntos: tomar nuestra cruz y orar con Dios como nuestra fe. El primero se revela en Marcos 8:31-38, y el segundo, en Marcos 11:20-24. Ambos puntos se relacionan entre sí por medio de Marcos 9:28-29, el cual habla de la oración. Marcos 8 nos presenta tres llaves para la edificación de la iglesia, que son: negarse al yo, tomar la cruz y perder la vida del alma; esto tiene que ver con arrebatarle al enemigo el terreno que ha usurpado, en donde Satanás tiene sus fortalezas. Luego, en Marcos 9 se nos habla de la oración, no la oración general, sino aquella que equivale a negarnos al yo. La verdadera oración significa que “ya no vivo yo, mas vive Cristo” (Gá. 2:20). Si nos negamos a nosotros mismos, entraremos en la realidad de la oración. Marcos 11 nos revela que la oración es un ejercicio de fe que subyuga al enemigo y remueve montes.

En este mensaje, al igual que en el mensaje 8, veremos de qué manera el enemigo es subyugado. El enemigo es subyugado de dos maneras o a partir de dos direcciones. En primer lugar, es necesario arrebatarle al enemigo el terreno que ha usurpado, algo que sucede desde abajo. Seguidamente, tenemos que confrontarle desde arriba. El enemigo ha ganado terreno en nosotros. Cuando tomamos la cruz y tomamos medidas con respecto a la vida de nuestra alma y nuestro yo, le arrebatamos el terreno que ha usurpado en nosotros. Una vez que esto ocurre, ya no habrá lugar en nosotros donde Satanás se aloje. Entonces, al orar con Dios como nuestra fe, nuestra oración es hecha desde arriba hacia abajo. Watchman Nee dice: “En la guerra espiritual, la clase de oración que apunta hacia abajo es muy importante. ¿En qué consiste la oración que se dirige hacia abajo? Consiste en estar firmes en la posición que Cristo nos ha dado en los lugares celestiales, para que demos órdenes a Satanás con autoridad y rechacemos todas sus obras, y para que proclamemos con autoridad que todos los mandamientos de Dios

deben cumplirse” (*El ministerio de oración de la iglesia*, pág. 66). Permítanme que use como ilustración la guerra física. Tomar la cruz equivale a eliminar la cabeza de playa, la base, desde donde Satanás opera en nosotros, y orar equivale a usar un arma de control satelital para eliminar todas las fuerzas malignas que hay en el aire.

Este mensaje comienza con una palabra muy sobria. En Marcos 8:33 vemos que el Señor reprendió a Pedro. El hermano Lee dice: “En los cuatro Evangelios, ésta tal vez sea la reprensión más severa jamás expresada por el Señor Jesús” (*Estudio-vida de Marcos*, pág. 215). El Señor llamó a Pedro “Satanás”. Esta palabra es aun más severa que la palabra que el Señor dirigió a los fariseos. El Señor habló con severidad debido a que una vez que una persona se sumerge en sí misma, ella entra en la cámara oscura de la vida humana. Jamás debemos entrar en aquella cámara; no obstante, si hemos de contribuir a la edificación de la iglesia, debemos conocerla.

Mateo 16 presenta una revelación que consta de tres partes: primero, la revelación concerniente a Cristo (v. 16), y segundo, la revelación concerniente a la iglesia (v. 18). Estas dos primeras partes son positivas. Sin embargo, para completar dicha revelación necesitamos la tercera parte: la revelación con respecto al yo (vs. 23-26). Si únicamente conocemos a Cristo y la iglesia y, no conocemos a nuestro yo, nuestra revelación será incompleta. Por tanto, esperamos que en este mensaje podamos recibir la revelación en cuanto a nuestro yo a fin de conocerlo. Oramos para que el Señor nos muestre claramente este asunto.

En Marcos 7:21-22 el Señor puso en evidencia la condición del corazón humano. Esto es como colocar al hombre en una sala de operaciones y abrirle el corazón. Cuando el Señor tocó este asunto, Él puso al descubierto el mal que procedía del corazón de los hombres. En los versículos del 21 al 22, el Señor enumeró trece asuntos malignos, comenzando por los malos pensamientos y concluyendo con la insensatez: “Porque de dentro, del corazón de los hombres, proceden los malos pensamientos, las fornicaciones, los hurtos, los homicidios, los adulterios, las codicias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la blasfemia, la soberbia, la insensatez”. El corazón contiene muchas cosas malignas: algunas de ellas proceden de la carne y se relacionan con el cuerpo, y otras proceden del yo y están relacionadas con el alma.

Marcos 8 no es un capítulo agradable. Si bien tiene un buen comienzo, en la segunda parte el Señor es muy severo al confrontar al yo. En el versículo 32 vemos que Pedro reprende al Señor, y en el

versículo 33, el Señor lo reprende a él. En otras ocasiones, cuando la gente hablaba insensatamente, el Señor les decía: “Permítanme decirles una parábola”. Entonces, por medio de la parábola Él les iluminaba de forma indirecta sobre la situación. Pero en esta ocasión, el Señor se volvió a Pedro y lo reprendió severamente; fue una confrontación directa. El Señor no trató de proteger los sentimientos de Pedro, sino que puso al descubierto la situación de forma inmediata y directa.

En los versículos anteriores al 32 y 33, vemos que el Señor sanó órganos específicos: sanó al sordo, al mudo y al ciego (7:31-37; 8:22-26). Luego Pedro, como nuestro representante, es puesto al descubierto en calidad de sordo, mudo y ciego. Pedro era sordo porque el Señor le había dicho claramente que iba a “ser muerto, y resucitar después de tres días” (v. 31). Ésta fue la primera vez que el Señor reveló que le era necesario ir a Jerusalén y ser muerto allí. Pero Pedro, en su concepto, no pudo aceptar esta palabra, no pudo oírla; tal palabra estremeció toda fibra de su ser, y por eso, Pedro reprendió al Señor. Parecía que Pedro le enseñaba al Señor diciéndole: “Señor, no digas estas cosas. Estás equivocado”. El Señor intentaba revelar algo a Pedro, pero él no podía oírle. Cuando una persona se halla inmersa en su yo, ocurre lo siguiente: o no tiene la capacidad de oír, o escucha mal. Esto es lo que significa ser sordo. El resultado de la sordera es la mudez. Cuando una persona que es sorda habla lo que cree haber oído, habla cosas insensatas, necedades. Lo que entra como malos pensamientos, sale como insensatez.

Pedro también estaba ciego, pues tampoco pudo ver el camino que el Señor intentaba mostrarle. Él no podía ver el camino del Señor con respecto a Su economía porque estaba en su yo; ni siquiera podía ver su propia condición. A raíz de no poder ver, a medida que hablaba, él era el oráculo de Satanás. Pedro estaba sordo, mudo y ciego. Por tanto, el Señor abrió el camino para darle una escapatoria. El único camino es negarse al yo, tomar la cruz y perder la vida del alma.

Cuando Dios creó al hombre, lo creó con un espíritu, un alma y un cuerpo. El cuerpo que Dios creó era bueno, pues fue creado conforme a la imagen de Dios. El alma que Dios creó era también buena. Sin embargo, cuando el hombre cayó, el elemento de Satanás entró en él. Satanás entró en el cuerpo del hombre e hizo que éste llegará a ser la carne. La manifestación de la carne es el pecado. Luego, Satanás corrompió el alma del hombre, haciendo de ella el yo. Una vez que el veneno de Satanás entró en el alma, ésta se enaltecía al ser independiente y egocéntrica. El alma caída se declaró independiente de Dios.

Cuando sucedió esto, el alma —infiltrada por Satanás— llegó a ser el yo, el cual se expresa mediante la opinión.

La mayoría de nosotros sabe que la carne es mala, que nada bueno mora en la carne (Ro. 7:18). En realidad, la carne no es solamente mala; la carne es el cuerpo que contiene a Satanás, quien es la personificación del pecado que mora en dicha carne y la corrompe (v. 21, 23). Nuestro cuerpo ha dejado de ser bueno. Si consideramos nuestra carne, nos daremos cuenta de que ésta tiene sed del pecado. No puede hacer lo que Dios quiere, porque eso significaría morir, pero sí hace lo que Dios no quiere, lo cual es pecar. El cuerpo se ha hecho carne, y lo que ésta produce es pecado.

Sin embargo, debemos comprender que antes de que el cuerpo cayera y se volviera carne, el alma había caído primero. En el relato de la caída de Eva, ella recibió primero a Satanás en su mente (Gn. 3:1-5); Eva aceptó lo que Satanás le sugirió, y como consecuencia, el pensamiento de éste entró en ella. Cuando esto sucedió, el alma de ella se enaltecó y llegó a ser el yo. Satanás le dijo: “Sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Gn. 3:5). Aquí es donde se dio comienzo al yo, y éste se manifiesta mediante la opinión. Podemos pensar que la opinión es algo insignificante, pero cuando Pedro expresó su opinión, el Señor se mostró muy sobrio y severo, pues le contestó a Pedro diciendo: “¡Quítate de delante de Mí, Satanás!” (Mr. 8:33). El Señor dijo esto porque la opinión es la expresión del yo, y el yo es la corporificación misma de Satanás en nuestra alma. No se trata meramente de psicología bíblica. Tenemos que ver que la mayoría de los problemas que se suscitan en la iglesia se deben al yo.

En la vida de iglesia, a veces los hermanos tropiezan por causa del pecado o por causa del mundo. No obstante, la mayoría de los que no permanecen en la vida de iglesia se van debido a su yo. El yo de ellos fue herido, o no encontró manera alguna para expresarse. El yo de ellos fue crucificado por la vida de iglesia. La causa de la última rebelión que hubo entre nosotros se debió a dos factores: ambiciones que no fueron satisfechas y ofensas que no fueron perdonadas. Éstos no constituyen pecados viles o mundanalidad; antes bien, son cosas que se encuentran en lo profundo del yo. Ser ambicioso es algo que pertenece al yo. El yo también se deleita en recordar las ofensas cometidas por los demás. Una parte de la vida de nuestra alma se deleita en no perdonar las ofensas cometidas por otros y en aferrarse a dichas ofensas. En cierto sentido,

deleitarse en esto es un disfrute maligno. En esencia, el yo dice: “Quiero aferrarme a la ofensa para tener algo en contra de este hermano, y no quiero perdonarlo. Si lo perdono, perderé el disfrute de tener a alguien con quien esté enojado”. Esto puede parecernos muy extraño, pero todos nosotros lo hemos experimentado hasta cierto punto. Esto es rehusarnos a dejar el disfrute que tenemos en la vida de nuestra alma. Podemos pensar que disfrutar la vida de nuestra alma consiste en ir al cine, comer ciertos alimentos o escuchar música mundana. Tales cosas ciertamente constituyen un disfrute para nuestra alma, pero probablemente jamás nos hemos percatado de que el alma también se deleita en no perdonar a los demás y en aferrarse a las ofensas.

Si no hemos saciado nuestra ambición, con certeza ésta llegará a ser una piedra de tropiezo. En Mateo 16:23 el Señor dice: “Me eres tropiezo”. Esto quiere decir que el yo de los demás era piedra de tropiezo para Él cuando estaba en la tierra. Acaso ¿puede el Todopoderoso tropezar? Es posible que cuando Cristo quiera salir de nuestro espíritu, tropiece y no logré hacerlo. La mayoría de los tropiezos en la vida de iglesia se deben al yo.

En el libro *The Exercise of the Kingdom for the Building of the Church* [El ejercicio del reino para la edificación de la iglesia], el hermano Lee dice que para que sea edificada la iglesia y venga el reino, debemos poner en uso estas tres llaves: “Negarnos al yo, tomar la cruz y perder la vida de nuestra alma. Si usamos estas tres llaves, estaremos inmediata y espontáneamente en el camino de la edificación de la iglesia” (pág. 43). Los mensajes que contiene este libro fueron dados en medio de una rebelión, en la cual no sólo se manifestó la carne, sino aún más el yo. Es más fácil poner al descubierto la carne, porque todos reconocen que la carne es maligna. Sin embargo, el yo frecuentemente halla su expresión en cosas aparentemente buenas y justificadas, lo cual hace difícil que sea puesta al descubierto. Sin duda alguna, Pedro pensaba que estaba haciendo algo bueno, pues expresó una buena opinión. Sin embargo, la opinión es la expresión del yo, y el yo es la fortaleza de Satanás. El yo es la sede central de Satanás. Si el yo es eliminado, el sistema nervioso central de Satanás es eliminado. No debemos tratar de desplazar o remover a Satanás en los aires; más bien, debemos eliminar sus fortalezas en la tierra, esto es, en nosotros mismos. De esta manera, Satanás no tendrá cabida alguna en nosotros, no tendrá terreno en nuestro ser. Ésta es la manera de librar la batalla espiritual. Aquellos que pueden atar a Satanás, que saben cómo orar y a quienes el Señor

escucha, son aquellos en quienes Satanás no tiene cabida ni terreno alguno. La oración del Dios-hombre no es una oración religiosa, ni tampoco es la oración de alguien que busca más de Dios o de uno que busca más de Cristo; más bien, es la oración de un hombre que ha cesado por completo de confiar en el yo, en quien el enemigo no tiene cabida alguna. Si una persona se ha despojado de su yo, no le da cabida alguna al enemigo.

**A FIN DE SEGUIR AL SEÑOR JESÚS,
DEBEMOS NEGARNOS AL YO,
TOMAR NUESTRA CRUZ
Y PERDER LA VIDA DE NUESTRA ALMA**

**Cuando no ponemos nuestra mente
en las cosas de Dios
sino en las de los hombres,
nos convertimos en Satanás, un tropiezo
para el Señor en cuanto al cumplimiento
del propósito de Dios;
poner la mente en las cosas de los hombres
tiene que ver con los malos pensamientos**

A fin de seguir al Señor Jesús, debemos negarnos al yo, tomar nuestra cruz y perder la vida de nuestra alma (Mr. 8:34-35). Cuando no ponemos nuestra mente en las cosas de Dios sino en las de los hombres, nos convertimos en Satanás, un tropiezo para el Señor (Mt. 16:23) en cuanto al cumplimiento del propósito de Dios (Mr. 8:33); poner la mente en las cosas de los hombres tiene que ver con los malos pensamientos mencionados en 7:21. En esencia, el Señor estaba diciéndole a Pedro: “No importa si tu opinión es correcta o incorrecta; no tiene nada que ver con eso. El problema está en que al opinar, estás poniendo tu mente en las cosas de los hombres y no en Dios”. Si hacemos esto, en la práctica, somos Satanás. En vez de ser un Dios-hombre, llegamos a ser un Satanás-hombre. Con el tiempo, el yo desenfrenado puede destruir la iglesia. Si le damos cabida a nuestra carne, esto nos destruye únicamente a nosotros mismos y no a la iglesia. No obstante, si le damos cabida al yo, esto destruye a la iglesia. Si el Señor hubiera estado de acuerdo con la expresión del yo de Pedro, con su opinión, esto habría destruido la economía de Dios por completo. El yo es completamente insidioso.

En algunas personas, la carne es más fuerte, y en otras, el yo es más fuerte. Cuando la carne es más fuerte que el yo, esto hace de tal persona

un hombre malo; sin embargo, cuando el yo es más fuerte que la carne, esto hace de aquella persona un hombre bueno. Ambos —buenos y malos— son instrumentos de Satanás. En algunas personas, su carne es tan fuerte que llegan a cometer pecados viles. Es fácil ver que son hombres malos. Pero aquellos en los que el yo es fuerte pueden suprimir la carne y tener apariencia de ser buenos; no obstante, ellos son la expresión de Satanás.

Debemos negarnos al yo

Debemos negarnos al yo. En Marcos 8:34 dice: “Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”. Esto no se refiere a seguir al Señor de una manera externa; más bien, significa que queremos disfrutarle, participar de Él, permitirle que sea nuestro ser y experimentar un vivir en el que “ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”. Si deseamos seguirle de esta manera, tenemos que negarnos al yo.

El Señor dice: “A cualquiera que me niegue delante de los hombres, Yo también le negaré delante de Mi Padre que está en los cielos” (Mt. 10:33). Permítanme dar el siguiente ejemplo. Supongamos que el Señor está a un lado, el yo está al otro lado y mi persona se encuentra entre ambos. Sólo puedo tener un marido (2 Co. 11:2). Si me uno al yo, estoy negando al Señor; y si niego al Señor, Él me negará. En Marcos 8:34 el Señor pareciera decir: “Si usted no se niega al yo, si no le deshereda, no podrá seguirme”. Si no nos negamos al yo, estamos negando al Señor. Por tanto, seguir al Señor consiste en rechazar y negarnos al yo. La palabra *negar* significa desheredar o considerar como nulo. El hermano Lee dice: “Tomar la cruz tiene mucho que ver con negarse al yo ... Es reconocer que nosotros, esto es, nuestro yo, ha sido puesto a muerte. La cruz es aplicada al yo; por consiguiente, ya no tenemos esperanza alguna en el yo; nunca lo miramos, nunca lo analizamos y no tenemos nada que ver con él” (*Basic Principles of the Experience of Life* [Principios básicos en cuanto a la experiencia de vida], pág. 110). Si no nos negamos al yo, esto significa que lo valoramos, y como consecuencia, el Señor nos negará a nosotros. Sin duda alguna, cuando veamos al Señor, querremos que Él nos diga: “No me has negado”. Por tanto, tenemos que negarnos al yo.

En este mensaje estamos enseñando lo que es negar el yo, poner fin al yo. El mundo enseña lo contrario. El mundo da énfasis a la preservación del yo, a su protección, su autorrealización, expresión, justificación,

exaltación y glorificación. El sistema satánico está dispuesto de tal manera que fortalece al yo. En realidad, el hombre fortalece a su alma caída, al yo, más de lo que fortalece su cuerpo. Tan pronto el hombre tiene uso de razón, él comienza a desarrollar una serie de mecanismos de defensa a fin de proteger y fortalecer su alma. Él no quiere que nadie lo toque. El mundo nos dice que si no aprendemos el arte de preservar nuestro yo y protegerlo, seremos destruidos. Sin embargo, éste es el precio que debemos pagar para seguir al Señor. Esto no quiere decir que sufrimos pérdida físicamente, de forma externa, sino que sufrimos la pérdida de nuestro yo, sufrimos por el hecho de negarnos al yo. Si bien son muchos los que sufren externamente, esto muchas veces hace a las personas más fuertes en sí mismas. El sufrimiento físico, tal como vivir en un clima duro, puede fortalecer a una persona; esto también es cierto en el ámbito psicológico. Mientras más una persona “aguanta” y sufre pérdida personal, más su yo se fortalece. Por esta razón, la experiencia de la cruz no tiene que ver con sufrimientos. De hecho, el sufrimiento puede hacer que el yo sea más fuerte, más tenaz y más insensible.

Existe un verdadero sufrimiento humano que el Señor usa para dar fin a las personas con el propósito de que ellas abran su ser a Él; pero aquí no estamos hablando de eso. El Señor no ha prescrito sufrimiento para nuestras almas o para nuestro yo; más bien, lo que Él ha prescrito es muerte, aniquilación. Negarnos al yo no es algo que sucede de una vez por todas, sino que debemos negarnos al yo continuamente. Si el Señor no aniquila nuestro yo, tarde o temprano la vida de iglesia dejará de ser agradable. Tarde o temprano seremos ofendidos por algo o por alguien. Si un hermano nos ofende, le culparemos. Si una iglesia nos ofende, culparemos a los ancianos. Si somos ofendidos por nuestras situaciones externas, culparemos el entorno. Sin embargo, la fuente de nuestros problemas no es la ofensa, lo visible, sino la vida de nuestro yo, en donde Satanás tiene su base de operaciones.

*El yo es la corporificación de Satanás;
el yo es el alma más la mente de Satanás*

*El origen del yo ocurrió cuando Satanás inyectó sus pensamientos
en la mente del hombre; cuando la mente de Satanás
fue inyectada en el alma del hombre,
ésta se corrompió y vino a ser el yo*

El yo es la corporificación de Satanás; el yo es el alma más la mente

de Satanás (Gn. 3:1-6; Mr. 8:32-33). El origen del yo ocurrió cuando Satanás inyectó sus pensamientos en la mente del hombre; cuando la mente de Satanás fue inyectada en el alma del hombre, ésta se corrompió y vino a ser el yo (Gn. 3:1-6). Satanás no tentó a Eva ofreciéndole el fruto del árbol, sino al hablarle, al corromper su alma, su mente. Satanás inyectó su pensamiento en la mente de ella. Si comparamos esto con Filipenses 2:5, que habla sobre la mente de Cristo, veremos que el primer caso es una inyección que contiene veneno, mientras que el segundo caso es una inyección curativa. Desafortunadamente, todos nosotros hemos nacido con el veneno satánico, el cual ha llegado a ser nuestro yo.

*El yo, que es uno con Satanás, se expresa por medio de la mente,
la cual se manifiesta como pensamientos llenos de opiniones*

El yo, que es uno con Satanás, se expresa por medio de la mente, la cual se manifiesta como pensamientos llenos de opiniones (Mr. 8:33). La mente satánica llega a ser la piedra de tropiezo. En 1 Juan 2:10 dice: “El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo”. Esto significa que en aquel que ama a su hermano ya no se expresa el yo, y sin el yo, no hay causa de tropiezo. Quiera el Señor tener misericordia de todos nosotros para que podamos decir: “Nadie puede hacerme tropezar porque no existe causa de tropiezo en mí”. Cuando los hermanos que enseñan en el entrenamiento de tiempo completo confrontan el yo de los entrenantes, lo hacen con mucho cuidado. Si el yo no es eliminado, el mismo problema surgirá continuamente. Abrir nuestro ser al Señor le brinda a Él la mejor ocasión para aniquilar nuestro yo. De esta manera, el Señor puede aniquilarnos completamente y no poco a poco. Ésta fue la experiencia de Job, a quien el Señor aniquiló íntegramente y destruyó por completo. Necesitamos con más frecuencia este tipo de exterminio divino.

Una vez que Eva recibió el consejo de Satanás, el hombre se independizó. El hombre se independizó de Dios. Un Dios-hombre es simplemente aquel que depende de Dios momento tras momento. En *El vivir del Dios-hombre*, el hermano Lee dedica ocho capítulos al tema de la oración, pero no nos dice cómo debemos orar. Esto se debe a que la oración no es un método; orar es decir: “Yo no soy; Dios es”. El primer Dios-hombre era un hombre de oración. Cuando Él ofreció una oración antes de partir el pan para alimentar a los cinco mil, Él tomó en cuenta al Padre (Mr. 6:41). Cuando ciertas ciudades le dieron

la espalda, no se ofendió; sencillamente, Él no era. El exultó al Padre y aceptó la voluntad del Padre (Mt. 11:25-27). La vida de un Dios-hombre es una vida de “no más yo”. Es una vida en la que dependemos totalmente de Dios.

*El yo actúa independientemente de Dios;
no toma en cuenta la voluntad de Dios
ni los intereses de Dios*

El yo actúa independientemente de Dios; no toma en cuenta la voluntad de Dios ni los intereses de Dios.

*Negarnos al yo equivale a rechazar el yo
con sus deseos, preferencias y predilecciones*

Negarnos al yo equivale a rechazar el yo con sus deseos, preferencias y predilecciones. La segunda llave con respecto a la edificación de la iglesia, es tomar la cruz. Hay tres aspectos en cuanto a la obra de la cruz. El primer aspecto es que la cruz ha dado fin a todas las cosas negativas del universo. Esto es un hecho.

Segundo, basados en el hecho, debemos sellar el cumplimiento de este hecho consumado por medio de nuestro testimonio. En la cruz, Cristo murió por nuestros pecados. Éste es un hecho consumado. Cuando nos damos cuenta de ello, debemos proclamar: “Alabado sea Dios, Cristo murió por mi pecado”. Entonces, somos salvos. Cuando nos damos cuenta de que Cristo ha muerto para que nuestro viejo hombre sea aniquilado, entonces podemos decir: “Con Cristo estoy juntamente crucificado”. Nuestro testimonio sella dicha comprensión. En un sentido, esto es lo que significa el bautismo. El bautismo es una declaración, un testimonio, de que estamos de acuerdo con los hechos realizados por Dios.

Tercero, tenemos que aplicar la cruz a nosotros mismos diariamente y en todo momento. Esto es algo que debemos hacer a lo largo de toda nuestra vida. Es un proceso continuo; es vivir para morir. Cuando Cristo vino, Él no vino para vivir sino para morir. La vida que Él llevó consistía en morir; Su vivir era Su morir. Él murió antes de ir a la cruz. Él llevó toda una vida en la cual moría continuamente a su vida natural. En 2 Corintios 4:10 no se nos habla de que Jesús murió, sino de que nosotros llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús. “La muerte de Jesús consume nuestro hombre natural, nuestro hombre exterior, nuestra

carne, de modo que nuestro hombre interior tenga la oportunidad de desarrollarse y ser renovado” (v. 10, nota 1).

La propia experiencia de Pablo era la de llevar una vida en la cual moría. En 1:9 él dice: “De hecho tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos”. Frecuentemente, somos presionados por todos lados, y nos quejamos a Dios, diciéndole: “Oh Señor, ¿por qué me has puesto en este entorno o en este trabajo? ¿Por qué me has dado estos hermanos con los que debo coordinar? ¿Por qué son así mi esposa y mis hijos? Finalmente, en el caso de Pablo: “Cuando los apóstoles estaban bajo la presión de la aflicción, habiendo perdido la esperanza aun de conservar la vida, pudieron haberse preguntado cuál sería el resultado de sus sufrimientos. La contestación o respuesta era ‘muerte’ ” (nota 2). Esto es lo que Pablo quiso decir. Cuando nos hallamos en circunstancias difíciles, quizás digamos: “Esto no es justo”. Pero en el caso de Pablo, la sentencia de muerte “los llevó a la decisión vital de no basar su confianza en ellos mismos, sino en Dios que resucita a los muertos” (nota 2).

Watchman Nee tuvo esta experiencia. En *El testimonio de Watchman Nee*, él habla acerca de aprender sumisión. El hermano Nee fue varias veces a la hermana M. E. Barber para quejarse acerca de un hermano mayor que él, y todas las veces, ella le decía que él debía someterse a tal hermano. En cierta ocasión, él pensó que tenía toda la razón para quejarse de ese hermano, pero ella le dijo: “Independientemente de si aquel colaborador está en lo correcto o no, ese es otro tema. Ahora que lo acusas delante de mí, ¿estás tomando la cruz? ¿Eres como el Cordero?” (págs. 27-28). En otras palabras, ella decía: “Muerte. Esa es mi sentencia para ti”. Es beneficioso que el Señor nos ponga en una situación en la cual tenemos sentencia de muerte en nosotros. Esta sentencia de muerte es llevar en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, lo cual producirá vida en los demás.

Tomar nuestra cruz es hacer nuestra la cruz de Cristo

*Tomar la cruz no tiene que ver con el sufrimiento,
sino con el hecho de aplicar a nuestra vida
lo que Cristo hizo en la cruz para llevarnos a nuestro fin*

Tomar nuestra cruz es hacer nuestra la cruz de Cristo (Mr. 8:34). Tomar la cruz no tiene que ver con el sufrimiento, sino con el hecho de aplicar a nuestra vida lo que Cristo hizo en la cruz para llevarnos a

nuestro fin (Gá. 5:24). La dulce muerte de Cristo que se encuentra en el Espíritu compuesto (Ex. 30:23) llega a ser nuestro bálsamo y nuestra sanidad en el momento en que nos volvemos al Señor en nuestro espíritu. La experiencia que tenemos de la muerte de Cristo por medio del Espíritu, en realidad, equivale a llevar en nuestro cuerpo las marcas de Jesús (Gá. 6:17), las cuales nos marcan como co-esclavos del Salvador-esclavo (Ap. 1:1). La experiencia que tenemos de la cruz es una experiencia continua de crucifixión, esto es: hacer la voluntad del Padre (Mr. 14:36) y no buscar nuestra propia gloria (Jn. 12:23-24).

Con relación a la obra de la cruz hay tres aspectos: el hecho consumado de nuestra crucifixión con Cristo, percatarnos del hecho consumado y llevar continuamente la cruz para negarnos al yo

Con relación a la obra de la cruz hay tres aspectos: el hecho consumado de nuestra crucifixión con Cristo, percatarnos del hecho consumado y llevar continuamente la cruz para negarnos al yo (Ro. 6:6; Gá. 2:20). El Señor es soberano sobre todas nuestras situaciones. Le alabamos por las situaciones favorables que dispone para nosotros; pero también debemos alabarle por las situaciones difíciles en las que nos pone, porque tal entorno manifiesta Su amor por nosotros. El Señor dispone nuestras situaciones para dar fin a la vida de nuestra alma. Poner fin a la vida de nuestra alma es un asunto muy profundo; por tanto, se requiere una intensa y profunda labor para penetrar en la vida de nuestra alma y aniquilarla. En el Evangelio de Marcos se presentan muchos casos, pero hay uno en particular en el que Jesús metió Sus dedos en las orejas de un sordo a fin de sanarle el órgano auditivo (7:33). El hecho de que el Señor meta Sus dedos en las orejas del sordo nos muestra la obra de la cruz, la cual penetra todos nuestros razonamientos y toca las profundidades mismas de nuestro ser. La obra de la cruz penetra hasta llegar a la raíz misma de nuestros problemas, esto es, nuestro yo.

Para dar otro ejemplo sobre la obra de la cruz, hago mención de un tipo de bomba llamada *bunker buster*, o “bomba destructora de búnkeres”. Estas bombas son capaces de penetrar profundamente en la tierra, aun a través de siete o diez metros de espesor de concreto reforzado, antes de explotar en el centro de un búnker. La cruz de Cristo es capaz de penetrar a través de todas las barreras o barricadas psicológicas que erigimos para proteger nuestro yo. Estas barricadas psicológicas son como gruesas

capas de concreto, pero la cruz es capaz de penetrar y llegar hasta la parte interior, nuestro corazón, y explotar. Ésta es la manera en que el Señor nos sana: al enviar Su Espíritu a las profundidades de nuestro ser para dar fin a nuestro yo.

Tomar nuestra cruz es permanecer bajo el efecto aniquilador de la muerte de Cristo, la cual pone fin a nuestro yo, a nuestra vida natural y a nuestro viejo hombre; al hacer esto, nos negamos a nuestro yo a fin de seguir al Señor

Tomar nuestra cruz es permanecer bajo el efecto aniquilador de la muerte de Cristo, la cual pone fin a nuestro yo, a nuestra vida natural y a nuestro viejo hombre; al hacer esto, nos negamos a nuestro yo a fin de seguir al Señor.

La aplicación de la cruz se efectúa en el Espíritu y por el Espíritu; llevar verdaderamente la cruz para negarnos al yo es algo que tiene que hacerse en el poder, la fuerza y la energía del Espíritu

La aplicación de la cruz se efectúa en el Espíritu y por el Espíritu; llevar verdaderamente la cruz para negarnos al yo es algo que tiene que hacerse en el poder, la fuerza y la energía del Espíritu. Romanos 8:13 dice: “Porque si vivís conforme a la carne, habréis de morir; mas si por el Espíritu hacéis morir los hábitos del cuerpo, viviréis”.

Ir en pos del Señor equivale a ganarle a Él, experimentar, disfrutar, participar de Él y permitir que Él llegue a ser nuestra propia persona

Ir en pos del Señor equivale a ganarle a Él, experimentar, disfrutar, participar de Él y permitir que Él llegue a ser nuestra propia persona (Mr. 8:34). No estamos hablando de ir en pos del Señor externamente; más bien, ir en pos de Él implica que lo experimentamos a Él (Gá. 2:20), somos unidos a Él en matrimonio (Ro. 7:4) y le permitimos que sea nuestra propia persona (Jn. 15:4).

Si deseamos ir en pos del Señor de esta manera, debemos rechazar el yo y olvidarnos de él

Si deseamos ir en pos del Señor de esta manera, debemos rechazar el yo y olvidarnos de él.

Debido a que Cristo es el Espíritu vivificante

que mora en nuestro espíritu,

nosotros le seguimos internamente, en nuestro espíritu

Debido a que Cristo es el Espíritu vivificante que mora en nuestro espíritu, nosotros le seguimos internamente, en nuestro espíritu (1 Co. 15:45; 2 Ti. 4:22; Gá. 5:16, 25). Tal como se ha mencionado anteriormente, las tres llaves subjetivas del reino, las cuales el Señor nos ha dado, son: (1) negarnos al yo, (2) tomar nuestra cruz y (3) perder la vida de nuestra alma, o sea, el disfrute de nuestra alma (Mt. 16:19, 24-25). Este tema es pesado porque está relacionado con la esfera de las tinieblas. Si en nuestra experiencia hemos de destruir al diablo y destrozarnos por completo sus obras, tenemos que “entrar en el país de las tinieblas y aniquilar todos los demonios”. Aniquilamos al diablo cuando retomamos el terreno que él ha usurpado en nuestro ser. Dicho terreno está relacionado con la vida de nuestra alma y con el disfrute que tenemos de ella.

Si hemos de ir en pos del Señor, tenemos que perder el disfrute que tenemos de nuestra alma en esta era, a fin de que podamos ganar y salvar nuestra alma en la era venidera (Mr. 8:35; Lc. 9:24; He. 10:39; 1 P. 1:9). En el libro titulado *The Exercise of the Kingdom for the Building of the Church*, el hermano Lee nos habla con respecto a perder el disfrute que tenemos de nuestra alma, el disfrute anímico: “Conforme al Nuevo Testamento, tanto el disfrute físico como espiritual contribuyen al disfrute del alma” (pág. 41). Tenemos que examinar esto cuidadosamente. Nuestro disfrute espiritual contribuye al disfrute de nuestra alma. “El disfrute supremo que podemos experimentar no es físico ni espiritual, sino en el alma ... El verdadero disfrute es el disfrute que tenemos en nuestra alma” (pág. 45). Nos es sumamente difícil poder entender esto cabalmente. Sin embargo, podemos decir que cuando realmente estamos disfrutando al Señor, lo estamos disfrutando en nuestra alma. Cuando disfrutamos al Señor, nuestro espíritu lo disfruta, pero es nuestra alma la que verdaderamente disfruta porque “el disfrute espiritual sustenta el disfrute del alma” (pág. 45). Por eso, en Lucas 1:46-47 María dice que su alma magnifica al Señor y que su espíritu exulta en Dios. Los Salmos hablan mucho sobre el disfrute que tenemos del Señor en nuestra alma y por medio de la misma (Sal. 34:2-3; 35:9; 42:1-2). Si tenemos reposo en Dios, tendremos reposo espiritual y nuestra mente también descansará. Cuando nos

regocijamos en el Señor, nuestra alma también se regocija. Pero el problema radica en que el hombre caído toma como disfrute de su alma otras cosas aparte de Dios (Gn. 4:16-24). Estas otras cosas constituyen un disfrute equivocado, y es por eso que tenemos que perder la vida de nuestra alma a fin de ser salvos con miras a hallar la salvación de nuestra alma (Mt. 16:25; Mr. 8:35; Lc. 9:24; He. 10:39; 1 P. 1:9). Después, en el futuro, durante el reino milenar, seremos recompensados con el disfrute supremo de la vida de nuestra alma debido a que nos negamos a disfrutarla en esta era. En el reino, disfrutaremos sobremedida la vida de nuestra alma. Incluso hoy, a medida que renunciamos al disfrute de la vida de nuestra alma, en realidad lo estamos salvando. En Marcos 8:35 dice: “El que quiera salvar la vida de su alma, la perderá; y el que la pierda por causa de Mí y del evangelio, la salvará”. Estamos adquiriendo un disfrute más profundo de la vida de nuestra alma, el cual “se sustenta con el reposo que tenemos en nuestro espíritu, el sustento que proviene de la satisfacción espiritual” (pág. 45).

Salvar la vida del alma es complacer al yo

permitiendo que el alma

obtenga lo que disfruta y que no sufra; perder la vida del alma es perder el disfrute del alma y sufrir en el alma

Salvar la vida del alma es complacer al yo permitiendo que el alma obtenga lo que disfruta y que no sufra; perder la vida del alma es perder el disfrute del alma y sufrir en el alma (Mr. 8:35-38). El disfrute que tenemos de nuestra alma no tiene que ser necesariamente pecaminoso; más bien, es algo que satisface el deleite propio del alma, lo cual no causa al alma sufrimiento alguno. El hermano Lee dice que “si nos aferramos a [una ofensa] y nos rehusamos a perdonar ... esto produce cierto deleite psicológico. Esto es salvar el alma ... Tenemos que negarnos al disfrute del alma” (pág. 48). Probablemente nunca pensaríamos que aferrarnos a una ofensa y no estar dispuestos a perdonar a otros es, en realidad, un disfrute del alma.

Para profundizar en este aspecto del disfrute que tenemos en nuestra alma, quisiera darles una lista de dieciséis puntos que el hermano Lee identifica como deleites psicológicos: (1) no perdonar a los demás, (2) permitir que otros se lastimen, (3) nutrir nuestras heridas, (4) permanecer irritado o triste, (5) ganar siempre los argumentos, (6) sentirse superior a otros, (7) glorificarse a sí mismo desenfrenadamente, (8) sentir que somos perfectos, (9) preocuparnos excesivamente por

nosotros mismos, (10) desear estar a solas, (11) vindicarse a sí mismo continuamente o esforzarnos por demostrar a los demás que estamos en lo correcto, (12) justificarse a sí mismo continuamente o esforzarnos por defendernos ante los demás, (13) llevar la contra todo el tiempo para manifestar que somos diferentes, (14) querer que los demás vean nuestros logros, (15) ser exigente, o sea, ser perfeccionista, y (16) ansiar el amor de los demás. Si consideramos estos puntos, nos daremos cuenta de que nuestra condición psicológica no es nada saludable. Estos dieciséis puntos han de servirnos como una evaluación psicológica que pone al descubierto lo mucho que buscamos el disfrute y deleite de nuestra alma. Debemos examinar estos puntos para identificar en cuáles se deleita nuestra alma y comprender el empeño con que buscamos tal disfrute.

*La vida de nuestra alma está corporificada en el yo
y se manifiesta por medio del yo, y nuestro yo se expresa
por medio de nuestra mente, nuestros pensamientos,
nuestros conceptos y nuestras opiniones*

La vida de nuestra alma está corporificada en el yo y se manifiesta por medio del yo, y nuestro yo se expresa por medio de nuestra mente, nuestros pensamientos, nuestros conceptos y nuestras opiniones.

*No amar la vida de nuestra alma significa
que estamos dispuestos
a renunciar a la vida de nuestra alma
y que ésta no nos importa*

No amar la vida de nuestra alma significa que estamos dispuestos a renunciar a la vida de nuestra alma y que ésta no nos importa (Ap. 12:11).

*Debemos perder la vida de nuestra alma por causa del Señor
y también por causa del evangelio;
en esto consiste vivir a Cristo y vivir el evangelio*

Debemos perder la vida de nuestra alma por causa del Señor y también por causa del evangelio; en esto consiste vivir a Cristo y vivir el evangelio (Mr. 8:35). Perder la vida de nuestra alma por causa del Señor y por causa del evangelio no quiere decir que debemos estar liados ni morir como mártires por causa del Señor y del evangelio; tampoco significa que debemos cambiar nuestro comportamiento a

fin de manifestar una mejor conducta, una que sea más apropiada. En el *Estudio-vida de Marcos* el hermano Lee dice:

¿Cuál es, entonces, el significado correcto de la expresión: *por causa de Mí y del evangelio*? Perder la vida del alma por causa del Señor realmente equivale a decir: “Ya no vivo yo, sino el evangelio”. A nosotros se nos puso fin en Cristo, y ahora debemos aplicar este hecho a nosotros mismos y a cada aspecto de nuestra vida. Entonces nuestro vivir expresará la realidad de: “Ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí; ya no vivo yo, mas el evangelio vive en mí”...

El mismo principio aplica a vivir por causa del evangelio. Cuando vivimos a Cristo, con toda seguridad vivimos también el evangelio. Al vivir de esta manera, otros no sólo oirán el evangelio, sino que también lo verán expresado en nuestra vida, ya que nuestro vivir será Cristo, y Cristo llegará a ser el evangelio para los demás de manera práctica. Con esto vemos que vivir por causa de Cristo y del evangelio no tiene nada que ver con nuestra conducta; es cuestión de vivir a Cristo de una manera práctica. (págs. 222-224)

Al hablar de Marcos 8:35, el hermano Nee preguntó: “¿Cuál es este evangelio? Este evangelio es el evangelio que se menciona en Marcos 1:1: ‘El evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios’” (*The Collected Works of Watchman Nee*, tomo 17, pág. 26). Por tanto, el evangelio es el propio Señor Jesús. Así que, perder la vida de nuestra alma por causa del evangelio equivale a perderla a fin de ganar al Señor mismo.

Es al orar que verdaderamente nos negamos al yo

Es al orar que verdaderamente nos negamos al yo (9:28-29). Marcos 9:28-29 dice: “Cuando Jesús entró en casa, Sus discípulos le preguntaron en privado: ¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera? Y les dijo: Este género por ningún medio puede salir, sino por la oración”. Un versículo análogo a este pasaje es Mateo 17:21, el cual dice: “Pero esta clase de demonios no sale sino con oración y ayuno”. Aquí la palabra *ayuno* se refiere a que negamos nuestros derechos, es decir, que nos negamos a nuestro yo. En el *Estudio-vida de Marcos* el hermano Lee dice: “Orar significa comprender que no somos nada y que no podemos hacer nada, o sea, que la oración equivale a negarnos a nuestro yo de manera práctica. Por lo tanto, orar es negarnos a nosotros mismos, sabiendo que no somos nada y que no podemos hacer

nada” (pág. 238). Esta clase de oración, en la cual nos negamos al yo, es capaz de echar demonios debido a que no le damos al diablo cabida alguna en el yo. Aquellos que poseen fe, aquellos que están llenos del Señor y aquellos en quienes el diablo no tiene cabida, son aptos para echar fuera los demonios.

Los hermanos de Taiwán tienen muchas experiencias echando fuera demonios. Cuando estaba en Taiwán le pregunté a los entrenantes, quienes habían ido a predicar el evangelio en las aldeas, cuántos de ellos habían tenido la experiencia de echar fuera demonios; la mitad de ellos levantaron la mano. Un obstáculo que impide que una persona eche fuera demonios es tener una conciencia débil; otro impedimento es que el enemigo tenga cierta cabida en nuestro ser. La prueba que determina si podemos echar fuera demonios es muy práctica. A fin de echar fuera demonios, tenemos que orar y ayunar. Debemos permanecer firmes en contra de nuestro yo, y no debemos dar al enemigo cabida alguna en nuestro ser. Nuestro vivir debe ser uno en el cual ya no vivimos nosotros, sino que Cristo vive en nosotros (Gá. 2:20). Si éste es el caso, usted no tendrá que proclamar que tiene el don de echar fuera demonios. El hecho de que usted se ha negado al yo y no ha dado cabida alguna al enemigo es lo que echará fuera los demonios. El hermano Lee dio instrucciones a los entrenantes que fueron a predicar el evangelio en las aldeas que, cuando se encontrasen con personas enfermas que les pidiesen sanidad, ellos debían sanarlas; pero cuando vieran un demonio, deberían echarlo fuera sin necesidad de que se los pidiesen.

No es difícil echar fuera demonios. Algunas personas se dejan intimidar por los demonios; sin embargo, debemos darnos cuenta de que los demonios tienen temor de los hombres. La táctica que los demonios usan para atacar al hombre es similar a la manera en que un tigre ataca a su presa. Cuando un tigre ataca, rugie ferozmente en espera de atemorizar a su presa. Sin embargo, si el tigre no logra esto en su primer intento, entiendo que el tigre se retirará. De igual manera, es así como el enemigo ataca al hombre; lo ataca ferozmente a fin de intimidarlo. Pero si usted permanece firme al negarse al yo, se da cuenta de que “ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”, y declara calmadamente: “En el nombre de Jesús, te ordeno que salgas”, entonces, el demonio simplemente se desvanecerá como humo. Todos aquellos que han tenido esta experiencia pueden confirmar que esto es verdad. Lo más que Satanás puede hacer es asustar al hombre, y esto es lo que hacen

los demonios. En los Estados Unidos no se registran muchos casos de posesión demoníaca, pero el enemigo ataca a las personas en este país de manera similar. El enemigo viene y ataca al hombre con una súbita y feroz sensación de ansiedad. Cuando somos atacados de esta manera, tenemos que permanecer firmes y resistir al enemigo (Ef. 6:11). Entonces, podemos decir con toda calma: “En el nombre de Jesús, vete al infierno”. Así es como el hermano Watchman Nee nos instruyó a librar la batalla espiritual en el libro titulado *Sentaos, andad y estad firmes*.

Lo dicho por el Señor en el versículo 29

indica que los discípulos no oraron;

ésa fue la razón por la cual no pudieron echar el demonio

Lo dicho por el Señor en el versículo 29 indica que los discípulos no oraron; ésa fue la razón por la cual no pudieron echar el demonio.

Orar equivale a negarnos a nosotros mismos,

pues nos damos cuenta

de que no somos nada y que no podemos hacer nada

Orar equivale a negarnos a nosotros mismos, pues nos damos cuenta de que somos nada y que no podemos hacer nada (v. 29; 8:34).

La palabra oración en 9:29 en la práctica significa

“ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”;

por tanto, orar es declarar: “No yo, sino Cristo”

La palabra *oración* en 9:29 en la práctica significa “ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gá. 2:20); por tanto, orar es declarar: “No yo, sino Cristo”.

Una persona que ora de una manera genuina

ha llegado a su fin y se ha convertido en cenizas;

su vida natural ha sido completamente aniquilada por la cruz

Una persona que ora de una manera genuina ha llegado a su fin y se ha convertido en cenizas; su vida natural ha sido completamente aniquilada por la cruz (Lv. 6:9-10). La verdadera oración es hecha en el altar del incienso (Ex. 30:1-10). La sangre que es derramada sobre los cuernos del altar del incienso (Lv. 4:7, 18), al igual que el fuego y las brasas de fuego del altar del incienso (16:12-13), todo ello procede del altar del holocausto. “Esto nos indica que si hemos de orar en el altar

del incienso, primero debemos experimentar el altar del holocausto, a saber: experimentar la sangre, la cual resuelve el problema de nuestro pecado y nuestras transgresiones, y experimentar el fuego, el cual nos quema, nos da fin y nos lleva a ser cenizas” (Ex. 30:10, nota 2). Por consiguiente, la verdadera oración se afirma en la posición de la cruz. Entre estos dos altares —el altar del holocausto y el altar del incienso de oro— se halla el camino de la cruz. Permanecer en la experiencia del altar del holocausto y orar en la persona de Cristo en el altar del incienso, es la manera en que permanecemos firmes contra las estratagemas del diablo (Ef. 6:11). La verdadera oración que ata al diablo es la oración de intercesión, la cual es uno con el Cristo que intercede en Su ministerio celestial; tal oración se basa completamente en la experiencia que tenemos de Cristo en el altar del holocausto.

DEBEMOS ORAR TOMANDO A DIOS COMO NUESTRA FE

Debemos orar tomando a Dios como nuestra fe (Mr. 11:20-24). Esta clase de oración que se menciona en los versículos del 22 al 24, la oración en la que tomamos a Dios como nuestra fe, no es la oración de comunión con Dios. Necesitamos la oración de comunión, pero en este pasaje el Señor maldijo la higuera; ésta es una señal que tiene significado dispensacional. Por tanto, la clase de oración de la que el Señor habla aquí es la oración de intercesión con miras a que Dios lleve a cabo Su economía divina y cumpla Su administración en el tiempo; no es una oración que tiene por objeto nuestra propia espiritualidad. Para hacer tal clase de oración, debemos estar firmes en el terreno que le corresponde a Dios y, desde esa posición, dar órdenes en oración. Nuestra oración tiene la autoridad de hacer mandatos porque se basa en los hechos divinos. No oramos conforme a nuestros sentimientos, sino conforme a los hechos de la economía divina de Dios. El hermano Nee dice que si los hechos divinos, la fe y la experiencia caminaran sobre un muro —uno detrás de otro—, entonces, la fe seguiría a los hechos, y las experiencias seguirían a la fe. Si cada uno de ellos mira al frente en línea recta, los tres caminarán sin caerse. Pero si la fe mira hacia atrás, los tres caerán. Si nuestros sentimientos no están basados en los hechos divinos, nos traicionarán. Si fijamos nuestra mirada hacia delante y la anclamos en la palabra de Dios, y no en nuestro entorno, en nuestras circunstancias ni en nuestros sentimientos, entonces, todo lo que oremos se cumplirá conforme a la palabra Dios.

Para ejemplificar la capacidad de nuestra fe, el hermano Nee dijo

que “un barco de diez mil toneladas en un astillero requiere únicamente que la mano de una niña corte la cinta inaugural para que éste sea lanzado al agua” (*The Collected Works of Watchman Nee*, tomo 41, pág. 110). De la misma manera, toda la economía Dios es llevada a cabo por nuestra oración. Al principio de este año le pedí a algunos santos que oraran particularmente sobre quince asuntos para que al final del año pudiésemos considerar de qué manera el Señor contestó dichas oraciones. El Señor ha hecho muchas cosas milagrosas. Nuestras oraciones son capaces de mover los cielos. Nuestras oraciones son capaces de mover los montes.

Cuando intentamos ejecutar una tarea en la esfera natural, existen dos posibles resultados: se logra algo o no se logra nada. Sin embargo, en la esfera divina existe una tercera posibilidad. El hermano Nee define este tercer resultado de la siguiente manera: Dios realiza algo por fe. No es cuestión de que Dios realice algo o no; más bien, algo ha sido realizado por fe. Por tanto, la meta de nuestra oración debiera ser que cierto asunto en particular sea realizado por fe. Cuando llegamos al punto que tenemos la certeza de que dicho asunto ha sido cumplido por fe, podemos entonces alabar al Señor y agradecerle por lo que ha hecho. Una vez que dicho asunto ha sido realizado por fe, ¿podemos dejar de orar y dar comienzo a las alabanzas! ¡Alabado sea el Señor! ¡Está hecho! Tal oración no tiene nada que ver con nuestros sentimientos o con nuestra espiritualidad; tal oración tiene que ver completamente con la economía de Dios.

Orar tomando a Dios como nuestra fe significa que tenemos la fe de Dios. Tener la fe de Dios significa que poseemos la fe que es Suya. ¿Qué clase de fe posee Dios? Dios tiene fe en Su propia palabra. Por tanto, en oración nos apropiamos de dicha fe —la fe de Dios—, de modo que la fe de Dios llega a ser nuestra fe. Ésta es la fe que se basa en la palabra de Dios.

**La oración es la manera
en que el hombre coopera y labora
junto con Dios, lo cual hace posible que Dios se exprese
por medio del hombre y así cumpla Su propósito**

La oración es la manera en que el hombre coopera y labora junto con Dios, lo cual hace posible que Dios se exprese por medio del hombre y así cumpla Su propósito (Ro. 8:26-27).

**El Señor Jesús enseñó a Sus discípulos,
en Marcos 11:20-24,
a orar por fe para que la voluntad de Dios fuese hecha
en conformidad con la economía divina**

El Señor Jesús enseñó a Sus discípulos, en Marcos 11:20-24, a orar por fe para que la voluntad de Dios fuese hecha en conformidad con la economía divina.

*Nuestra oración debe llevar a cabo la voluntad
que Dios tiene de obtener el Cuerpo de Cristo,
cuya consumación será la Nueva Jerusalén*

Nuestra oración debe llevar a cabo la voluntad que Dios tiene de obtener el Cuerpo de Cristo, cuya consumación será la Nueva Jerusalén (Ef. 1:9, 22-23; Ap. 21:2). Nuestra oración debe llevar a cabo la voluntad de Dios, la cual consiste en obtener el Cuerpo de Cristo. La oración que ejecuta la voluntad de Dios al obtener un Cuerpo para Cristo, es una oración que cumple la economía de Dios; este Cuerpo de Cristo llevará la Nueva Jerusalén a Su consumación.

*Cuando aquel que ora se mezcla con Dios y se hace uno con Él,
Dios viene a ser su fe; esto es lo que significa tener fe en Dios*

Cuando aquel que ora se mezcla con Dios y se hace uno con Él, Dios viene a ser su fe; esto es lo que significa tener fe en Dios (Mr. 11:22). La acción de creer por parte de esta persona es la acción de creer que es propia de Dios. Él cree lo que Dios cree. Esto es lo que significa tener fe en Dios.

*Únicamente las oraciones que proceden de la fe
podrán conmovier a Dios;
sin fe, la oración es ineficaz*

Únicamente las oraciones que proceden de la fe podrán conmovier a Dios; sin fe, la oración es ineficaz (v. 23).

*La fe consiste en creer que ya hemos recibido
lo que hemos pedido*

La fe consiste en creer que ya hemos recibido lo que hemos pedido (v. 24). Una vez que hayamos recibido la fe de que nuestras oraciones han sido cumplidas, nuestras oraciones cesan y comenzamos a alabar.

*Según las palabras del Señor,
debemos creer que hemos recibido,
no que lo recibiremos*

Según las palabras del Señor, debemos creer que hemos recibido, no que lo recibiremos.

*Tener esperanza significa
tener la expectativa de recibir algo en el futuro;
creer significa considerar que ya ha sido hecho*

Tener esperanza significa tener la expectativa de recibir algo en el futuro; creer significa considerar que ya ha sido hecho. Creer en fe que nuestras oraciones han sido cumplidas constituye el gozo de nuestra oración, el ministerio de oración y la autoridad de la oración. Tales oraciones son oraciones que atan y desatan, son oraciones hechas en unidad con Dios en Su trono. La oración mencionada en Marcos 11:23 tiene como objetivo “este monte”; la expresión *este monte* puede ser aplicada a muchas cosas en nuestra vida diaria: nuestro trabajo, nuestra familia, los obstáculos que enfrentamos a diario, nuestra manera de ser, nuestra iglesia y muchos otros problemas. Hay cuatro maneras en las cuales podemos confrontar *este monte*. Primero, podemos optar por no hacer nada al respecto; segundo, podemos confrontar nosotros mismos el problema y no orar; tercero, podemos confrontar el problema y también orar; y cuarto, podemos confrontar el problema en oración, lo cual significa que sólo nos valemos de la oración para resolver el problema. Nosotros mismos no hacemos nada en cuanto al problema; es nuestra oración la que se encarga de ello. En vez de considerar cómo abrirnos paso a través del problema, cómo esquivar el problema o cómo concebir un plan para solucionar el problema, decimos en oración: “¡Monte, quítate de allí!”, y el monte será quitado. La oración es la mano que hace mover a Dios; la obra más eficaz es la oración.

Watchman Nee dice: “Es mejor estar ocupados en oración que estar ocupados en la obra. Una persona logra más orando que obrando” (*The Collected Works of Watchman Nee*, tomo 7, pág. 1160). Una vez que comprendamos esto, debemos aprender a arrodillarnos con dos o tres personas para orar, no en beneficio nuestro, sino por el bien de la economía de Dios. Quiera el Señor liberar las oraciones que den cumplimiento a Su economía: para que se efectúe Su mover en este país y en todo el mundo, para que sea eliminada la oposición y para que sea atado el enemigo. Debemos aprender a no dejarnos intimidar por este

monte y a orar no en la esfera terrenal, sino desde una posición en ascensión. En la oración que es propia de la batalla espiritual, la posición que toma aquel que ora lo es todo. Cuando oramos desde una posición en ascensión, nuestras oraciones serán oraciones de autoridad, esto es: oraciones que llaman lo que no es como existente.

*La fe no consiste solamente en creer
que Dios puede hacer o hará algo,
sino también en creer que Dios ya lo ha hecho*

La fe no consiste solamente en creer que Dios puede hacer o hará algo, sino también en creer que Dios ya lo ha hecho.

**La oración descrita en Marcos 11:20-24
es una oración hecha con autoridad;
esta clase de oración no está dirigida a Dios,
sino a “este monte”**

La oración descrita en Marcos 11:20-24 es una oración hecha con autoridad; esta clase de oración no está dirigida a Dios, sino a “este monte” (v. 23).

*Una oración hecha con autoridad no le pide a Dios que haga algo;
más bien, ejercita la autoridad de Dios y aplica dicha autoridad
para eliminar los problemas y las cosas que deben ser quitados*

Una oración hecha con autoridad no le pide a Dios que haga algo; más bien, ejercita la autoridad de Dios y aplica dicha autoridad para eliminar los problemas y las cosas que deben ser quitados (Zac. 4:7; Mt. 21:21). Quiera el Señor levantar más guerreros de oración que tomen parte activa en las oraciones de intercesión y en las oraciones de autoridad. Debemos experimentar la oración de comunión con Dios, pero también debemos experimentar la oración en beneficio de la obra. La clase de oración que se hace en beneficio de la obra no es algo trabajoso; más bien, esta clase de oración equivale a estar firmes en el terreno celestial y ejecutar la economía eterna de Dios.

*Dios nos ha encomendado
que demos los mandatos que Él ha dado
y demos las órdenes que Él ha dado*

Dios nos ha encomendado que demos los mandatos que Él ha dado y demos las órdenes que Él ha dado (17:20).

*La iglesia puede hacer esta clase de oración de autoridad
al tener absoluta fe, no dudar
y entender claramente que lo que hacemos
es completamente conforme a la voluntad de Dios*

La iglesia puede hacer esta clase de oración de autoridad al tener absoluta fe, no dudar y entender claramente que lo que hacemos es completamente conforme a la voluntad de Dios (6:10; 18:19-20).

*La oración hecha con autoridad
tiene mucho que ver con los vencedores;
cada vencedor debe aprender a hablarle a “este monte”*

La oración hecha con autoridad tiene mucho que ver con los vencedores; cada vencedor debe aprender a hablarle a “este monte” (Mr. 11:23). Los vencedores son aquellos que no dan cabida alguna a Satanás porque desprecian la vida de su alma, y son uno con Cristo en torno a la acción de arrojar a Satanás desde el cielo (Ap. 12:11; Lc. 10:18). El Señor tiene que obtener tales vencedores que se ejerciten en oración. Todo vencedor debe aprender a hablarle a *este monte*. No estamos aquí para negociar con *este monte*; más bien, estamos aquí para hablarle a *este monte* y destruirlo. Invocamos al Señor para que levante guerreros de oración que en el año 2007 le hablen a “este monte”. Que muchos santos ganen la rica experiencia de hacer oraciones con autoridad, llevar a cabo lo que Dios ha encomendado y cumplir la economía de Dios, liberando —de rodillas— tales oraciones de ejecución. Una iglesia compuesta de tales guerreros de oración constituye una iglesia poderosa. Que éste sea nuestro testimonio en el recobro del Señor; que todos aprendamos a ejercitar nuestro instinto divino a fin de aplastar la cabeza de Satanás bajo nuestros pies (Ro. 16:20).—A. Y.